



Ilustración base para el cartel de las jornadas en homenaje a Pablo Serrano en Andorra, obra de Jesús Gómez Planas.

PABLO SERRANO, EL ESCULTOR DE CRIVILLEN



D

O

S

S

I

E

R



Eloy Fernández Clemente interviniendo en la mesa de amigos de Serrano durante las jornadas de homenaje al escultor habidas en Crivillén en febrero de 2008. (Foto JAP)

MIS RECUERDOS DE PABLO SERRANO

ELOY FERNANDEZ CLEMENTE
PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Tengo un recuerdo claro, fuerte, de afecto y admiración por Pablo Serrano, siempre sencillo y afable con sus amigos.

Pablo, que nació en Crivillén en 1908 (aunque luego se quitó un par de años, porque era algo coqueto), recordaría a su pueblo natal en este hermoso texto sobre su infancia:

“—¿Qué es mi pueblo? Una fuente que se seca, una torre de la iglesia que se cae, sin patrimonio de la Iglesia ni del Estado; como sus hombres, también se caen de viejos. Alguna casa de piedra y mortero de cal se hundió de acumular tanta pobreza. Otra cáscara perentoria de horrible arquitectura. Sólo queda el aroma de las vidas que se fueron y se van. Los jóvenes mineros son la esperanza, los que desde el agujero respiran humedad y carbón limpian la cara en la poca agua del pueblo. Y los que vienen, 12 ó 15 niños, en la escuela, con el pecho de incógnito porque el alma interroga y espera y el horizonte es gris. Mi pueblo es sombra en mi mente, rescoldo, piedra lanzada al pijaito. Caldo en casa del Tío Bolos. Pellas de cerdo; panochas deshojadas y colgadas en la baranda de la escalera, pan tostado en la brasa y mojado en aceite de la prensa. Correr en el granero con el caballo grande de cartón. Comer las roscas salidas del horno, que ya se hundió; y los tomates y lechugas lavados en el río. Bañarnos a la luna en la balsa del molino y ver muerto al Manuel del navajazo del otro. La guerra quemó santos y altares y registros bautismales. Quedan los jóvenes mineros, el Michel labrador y los hijos y otros pocos que resisten, que son los verdaderos y heroicos hombres de Crivillén, y ahí queda la torre que se

cae y la fuente que se seca, pero no falta un geranio en algún balcón, un perro, y una mano que te ofrece un vaso de vino pisado con el pie cansado de andar y esperar la esperanza...”

Había llegado muy joven, con apenas quince años, y como novicio salesiano, a Rosario de Santa Fe, en Argentina, para pasar en 1930 al Uruguay, donde durante veinte años vivió, trabajó y desarrolló una fama anterior a la española como artista renovador, aunque hubo de pasar antes por una etapa muy convencional, la de 1935-1940, en la que Rafael Ordóñez ha documentado veintiséis estatuas religiosas.

En mis indagaciones sobre sus orígenes me encontré, en un viaje a Rosario tras las pistas de emigrantes y exiliados aragoneses en América, con su retrato en la ficha del Archivo Consular. Era un joven religioso. No le gustaba que le recordásemos ese tiempo muy lejano y del que se encontraba bastante alejado. Yo le dije un día que sólo esa etapa “de frailecico” permitía comprender muchas de sus obras, inspiradas en el humanismo cristiano.

Cuando Pablo comienza a ser verdaderamente conocido en Aragón, en España, es en la década de los sesenta. Profeta en su tierra, su patria chica le distinguió ya en 1972 con el título de Hijo Predilecto de Teruel y con la Medalla de Oro de esa Diputación Provincial. Recuerdo que, en cierta ocasión, hacia 1974, estuve en el Jurado que otorgó el primer premio “El Batallador”, y no fue difícil lograrlo para él, porque todos le estimaban y querían. Pocos años más tarde sería nombrado Académico de la de Bellas Artes de San Luis e Hijo Adoptivo de Zaragoza. En 1979 la Asociación de la Prensa Aragonesa lo elegía Aragonés del año. Un año triunfal fue 1980: era condecorado con la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes, ingresaba como Académico de la de Bellas Artes de San Fernando, y en octubre recibía junto con Luis Buñuel, Ramón J. Sender y Manuel Viola la Medalla de Oro de la ciudad de Zaragoza.

Al año siguiente, en vísperas del Pilar de 1981, recibiría el Homenaje y el título de Hijo Adoptivo de Alcañiz, que celebró con el acto de *El pan necesario*, que habíamos anunciado en *Andalán* con la reproducción del breve “manifiesto”. Allí nos juntamos con él un grupo de amigos entre los que recuerdo a Lorenzo Martín-Retortillo, Emilio Gastón, José Antonio Labordeta y los pintores Natalio Bayo, José Luis Lasala y Enrique Trullenque, todos con nuestras esposas, aunque creo no vino Juana Francés, a la que Pablo adoraba y por cuya salud se preocupaba mucho; y también acudieron el filósofo José Luis Aranguren y Paco Egido, jefe de la obra cultural de la CAI. Una noche inolvidable, con la “quema del objeto” como centro. Le encantaba sentirse rodeado de los amigos, y como un niño buscaba cariño, valoración, reconocimiento.

Aún obtuvo en 1982 el máximo galardón del Premio Príncipe de Asturias a las Artes. En mayo del siguiente año era investido Doctor Honoris Causa por la Universidad de Zaragoza. El 14 de abril de 1984 recibió el Premio Aragón a las Artes, la más alta distinción de la Comunidad Autónoma de Aragón. Por último, los días 24 y 25 de agosto de 1985, tres meses antes de su muerte, y como una auténtica premonición, fue objeto de un emotivo homenaje en su pueblo natal. En *Andalán* (n.º 436, pp. 48 y 49) reproducimos sus bellas y emocionadas palabras. Y, poco después, al poco de morir, le dedicábamos unas preciosas “Galeradas” –suplemento literario de ocho páginas, junto a fotografías, textos, manuscritos, dibujos suyos (n.º 442-443), que introducía Labordeta de este modo:

“Hoy *Andalán* se enorgullece de que sus Galeradas lleven textos de y sobre Pablo Serrano... Y no es la primera vez, fundamentalmente porque esta casa era una de las más queridas de las que Pablo tenía en Zaragoza. La razón era que él veía la aventura cotidiana que significaba sacar a la calle en un territorio en el que la CULTURA todavía es una huérfana vergonzante, un periódico que defienda los intereses del territorio frente a los intereses privados, que anteponga teorías que el tiempo nos da la razón..., y que, sobre todo, dignifica a un territorio...”

En el mes de enero de 1986 sacamos un número doble de *Andalán* con muchas páginas dedicadas a Pablo, y una soberbia foto suya agarrando unas cadenas para levantar una gran pieza escultórica de hierro. Aranguren escribió sobre “Pablo Serrano y la propiedad universal de la obra de arte”; Luis Granell sobre sus relaciones con *Andalán*; Rafael Ordóñez Fernández un “Esquema para una bio-bibliografía”, que le serviría para confeccionar su estupenda biografía crítica posterior; Gonzalo M. Borrás “Entender a Pablo, entender la escultura”, un texto cristalino y definitivo; Joaquín Visiedo, que por su cargo en el Departamento de la DGA era Secretario de la Fundación, sobre esta naciente aventura; José Luis Lasala tituló su texto “Un escultor en pie de paz”; José Martín-Retortillo, sobre sus vinculaciones con Huesca; Torralba sobre sus esculturas en la Plaza de las Catedrales; el Grupo de aragoneses emigrantes en Madrid, sobre sus encuentros con él; Salvador Victoria le dirigía en “Querido Pablo” una muy emocionante carta imposible; Alicia Murria, en fin, analizaba, en una primera aproximación, su obra.

Ese mismo mes, el 16 de enero exactamente, la Institución Fernando el Católico organizó una concurridísima sesión necrológica, en la que, tras el magisterio de D. Federico Torralba, que habló de sus propias visiones del arte contemporáneo, glosé emocionado por invitación de aquélla la figura de nuestro gran artista y amigo.



Momento de la intervención.

La amistad que nos había unido y uniría hasta su muerte se fraguó ya desde los primeros años de *Andalán*. Acogió la idea con entusiasmo, se suscribió, nos remitía de vez en cuando (sobre todo cuando la revista era “secuestrada” por la policía) ayudas que para nosotros, aparte de la moral que nos daba, eran importantes en épocas de crisis.

También nos llegaban sus consejos, pues era hombre moderado en las formas, aunque con ideas muy claras; reflexivo, ponderado. O sus consultas; por ejemplo, cuando Ibercaja le encargó un monumento a José Sinués, me preguntó mi opinión, porque temía que nos pareciera mal su aceptación. Yo le dije que mientras tuviera claro a qué servía y pudiera, además, seguir a nuestro lado en los apuros, que no se preocupara. Su presencia, incluso escribiendo: en el n.º 296, del 21 al 27 de noviembre de 1980, aparece una carta suya a J. A. Labordeta, preciosa, en la que dice, entre otras cosas:

“En Crivillén de Teruel el cacharrero de cazuelas se murió con el herrero, el horno se hundió, y la torre del más genuino mudéjar en la iglesia se cae, sin Dios que se la aguante... Crivillén y sus doscientos habitantes, mitad mineros y labradores, te van a acoger como tú te mereces... En Crivillén te darán el azabache del carbón petrificado en el pulmón de algún minero joven, y unas albarcas para pisar la tierra seca labrada del surco, y un vaso de vino en la cárcel convertida en bodega por el Michel.

“Cuando te vi la última vez, noté que te estás *estatuando*. Quiero decir que me están dando ganas de hacer tu otra cabeza con el otro ojo de Miguel –claro que será el tuyo– porque resulta que estáis tan pegados... ¿Qué diría Miguel si ahora te oyera, te escuchara? Eras muy niño, efectivamente, cuando te conocí en tu casa, vieja casona-escuela, y es verdad, escuchábamos a Cueto. Tú eras silencioso, pero ahora hay que ver el ruido que armas y cómo te aplauden los hombres de Aragón y otras tierras, y te venera el agua y la tierra seca...”

Contamos con su presencia también, en este caso se lo pedí personalmente, pronunciando una preciosa conferencia en la presentación en el Mercantil de Zaragoza, en 1982, de la edición ya completa de la Gran Enciclopedia Aragonesa, ante una multitud. Y nos hizo un precioso dibujo para la portada interior del primer apéndice, cuyo original me regaló.

Alguna vez estuvo en nuestra casa de Épila, que él pronunciaba sin acento, y en el otoño le encantaba llevarse en su coche deportivo una caja de manzanas recién recogidas. Y le gustaba, como enredando, dibujar personas a su alrededor, y eso hizo con nuestra hija mayor, María, regalándole luego el dibujo, en que decía riendo, era en realidad Pablo... Picasso.

De Zaragoza a veces se escuchaba, aunque nunca en público. En cierta ocasión me comentó con una mezcla de sorna y pesar: “Tengo, como sabes, casa en Madrid (estuvimos alguna vez visitando el estudio, un poco más arriba del Bernabeu en la Castellana) y en París. Me gustaría mucho tenerla aquí. Pero me resisto, pensando que pronto, al verme con frecuencia por el paseo de la Independencia, comenzarían a decir: “Ya ves, por aquí anda, no es para tanto”. Ciertamente, en Aragón gusta que los grandes hombres estén lejos, triunfen en el extranjero a poder ser, y vengan poco...”

Luego, tras su muerte, se abrió el capítulo de nuestra presencia –respetada, pero algo molesta para los políticos por serlo a título personal y nombramiento de Pablo al establecer las reglas, mientras ellos figuraban por el cargo– en la Fundación Pablo Serrano. Fue un verdadero calvario, en el que tuvimos (Aranguren, Lorenzo Martín-Retortillo, Labordeta, Borrás, Emilio Gastón, Lasala, que sería el primer director muy eficiente, y el alcalde de Crivillén, Jesús Lecina) que comprobar el escaso entusiasmo, las dificultades de todo tipo, bien previstas por Pablo en sus astutas condiciones, el escaso apoyo económico de quienes podían darlo... No hablaré más de eso, al menos no ahora. Me satisfizo, sí, que se le dedicara pronto un buen libro colectivo, financiado por el Banco Zaragozano, y resumir y glosar algunas de sus cartas, colección que doné al Museo años después, con dibujos, colores, y mil ideas.

Me había entusiasmado su escultura *La labradora*, ubicada en el Ensanche de Teruel. Y cuando le pedimos Guillermo Fatás y yo autorización para ilustrar con ella la contraportada del libro *Aragón, nuestra tierra*, no sólo aceptó sino que agradeció la idea. Muchos años después, recibí el mejor pago que jamás he recibido por un trabajo, al entregarme Ibercaja (eran ya otros tiempos) una reproducción de esa soberbia escultura por un informe que me habían solicitado.

Éstos son, muy resumidos y apretados, algunos, los principales, recuerdos que tengo de Pablo Serrano, gran escultor, gran aragonés, muy querido maestro y amigo.